

LA AZOTEA – RÉQUIEM (OFRECIDO A ANTONIO GAMONEDA)

Rafael-José DÍAZ

*D*ebió de ser este el año en que te conocí: 1996. La tarde no era especialmente fría. No recuerdo el mes. Sí que aquella mañana había recorrido León en un rápido avistamiento alucinado. La catedral, los frescos románicos de San Isidoro, las callejuelas y plazas. No he vuelto a ir a tu ciudad. Ojalá pueda hacerlo pronto. La recupero estos días leyendo tus memorias de infancia, *Un armario lleno de sombra*. No, no la recupero, pues nunca fue mía salvo en aquellos instantes que fijé en algún fragmento de diario y, sobre todo, en imágenes que alguna vez regresan: águilas, devoraciones y labranzas, vástagos y cepas, inscripciones en la piedra húmeda, gargantas y rastrillos, la ciudad silenciosa, dormida sobre la pira de los siglos. No fue, sobre todo, mía cuando le pregunté a mi abuelo paterno, ya al final de su vida, ya viudo, en una tarde agria e irrepetible, por su experiencia en la guerra, como militar del bando vencedor, justamente en Astorga y en León. Nada me contestó. Mudez de sus ojos, vacío en la mirada, ¿acaso ya un abismo de niebla en los recuerdos o tal vez el sordo martilleo de incontables imágenes de sangre, de violencia, de frío, de torturas, de insomnio, de fusilamientos? No sé, Antonio. Sabemos tan poco de aquellos de quienes procedemos. Toda tu obra, me parece, está recorrida por esa necesidad de ahondar en la memoria, de cavar, de adentrarse en donde no sabemos, en donde hemos nacido, en el silencio que estuvo o fue antes de nosotros.

*La tarde en que te conocí no imaginé que tendría ese placer. Había quedado en León con el poeta Marcos Canteli. Elegimos esa ciudad como lugar intermedio entre Oviedo, de donde él venía, y Madrid, de donde venía yo. Después del café y de la conversación me propuso amablemente ir a visitarte. Recuerdo ahora que te llamó y le dijiste que fuéramos. Yo no daba crédito: deseé que mi timidez no estorbara el disfrute y la alegría. Creo que con tu ayuda (con la ayuda de tu sencillez y de tu cercanía) lo logré. Estuvimos unas dos horas en tu casa y me regalaste, firmada, *Descripción de la mentira*. Yo conocía ya, desde hacía unos años, el *Libro del frío*. Y acababa de conocer el frío real, el de mi primer invierno en Jena, a comienzos de 1995. Pero el frío de tu libro era más intenso aún. Poco después de nuestro encuentro en León yo regresé a Alemania. En el frío de los cuatro inviernos más*

que allí viví ardía siempre, por dentro, el tuyo, el frío de tu libro, que era al mismo tiempo una llama de vida.

Fue justamente en 1996, no sé si antes o después de nuestro encuentro, cuando escribí la serie *La azotea–Réquiem*. Se publicó cinco años después junto a ocho dibujos del pintor mexicano Vicente Rojo. Para mí es un solo poema en veinte fragmentos. Surgió como brota de pronto la sangre de una herida. Me desgarré algún lugar del alma en una visita a la azotea de la casa de mi abuela. Allí había tenido un palomar un primo mío muerto cuando yo era un niño en un accidente de moto. Seguían intactas las repisas donde descansaban las palomas. Mi abuela cuidaba de un montón de flores y plantas repartidas en macetas por toda la azotea. Unos alambres medio oxidados servían para colgar la ropa, que en poco tiempo al sol quedaba seca. Yo no fui sólo yo en aquella visita: alguien me acompañaba y susurraba palabras que casi siempre el aire se tragaba. Me detuve en la muerte como quien ya no quiere habitar otro lugar, y la muerte era el abismo que me separaba de la calle, la caída al asfalto, el cielo negro, la carne que se estrella contra la ausencia de carne, el palomar vacío, el sol en su repiqueteo infame sobre las pupilas de un niño o de una anciana. Algo se desgarró. Algo se detuvo en un desgarramiento. Algo brotó. Algo pude salvar. Estas palabras que ahora, Antonio, te ofrezco.

TROPELIÁS

I

No hay baranda. Los círculos del viento
hacen temblar los tallos coronados,
las flores resurrectas en las horas sin luz.
Gira el espacio, abierto
a las mudanzas lentas del espacio.

II

Nada
detiene la llegada de las hojas
desde el vacío.
Rumor de ramas enlazadas,
ya en lo oscuro,
como un cuerpo de luz que tocara los bordes.

III

Ningún límite entonces, ningún borde,
sólo el paso de un dedo por el ápice
de qué espacio entreabierto, qué casa para el sol.

IV

Las manos alongadas
podrían tocar las copas de los árboles
que se agitan cuando un pájaro pasa
a su través.

V

Hay una habitación pequeña,
una mesa, un libro abierto,
una mano apoyada
sobre la otra.

VI

No hay baranda,
sólo un sueño que une los espacios.

VII

Y el eco de una voz atraviesa los muros
y los húmedos patios.
«Sé que tu muerte irá inscrita en mi muerte
como el dibujo de un fósil
sobre la piedra milenaria.

Tu rostro es el envés de mi rostro
en la hoja invisible de los tiempos.»

VIII

Había, hubo
un palomar: repisas contra un muro
donde cada paloma descansaba
de un vuelo imaginado tan sólo
por los ojos del niño
que escuchaba el zureo, cada día,
y alimentaba con sus manos
los picos hambrientos.

IX

Convocado,
el tiempo gira, dibujando
remolinos de hojas en las losas del tiempo.

X

«Va a empezar el verano. He reunido
algunas cosas del pasado, objetos
que he dejado de usar, como si fueran
imágenes borrosas de mi vida.
Decid, ¿subiréis mañana hasta aquí,
rodearemos en círculo la hoguera
de la noche más larga, como un rito
de tránsito (las llamas por los ojos)
que renueve la vida y nos devuelva a la muerte?»

XI

La azotea
suspendida entre la tierra y el cielo.
Abajo, por la calle,
pasan coches, personas que no conocemos,
hojas arrastradas en los días ventosos,
nubes, arriba, inasibles
pájaros hasta el borde de los cielos.

XII

No hay baranda,
y en lo oscuro
podría un cuerpo caer, o abalanzarse
al asfalto de abajo, al mediodía.

TROPELIÁS

XIII

Pero el pico de un pájaro toca aún nuestra mano,
la misma que pasa las páginas de un libro
sin principio ni fin.
Cada dedo
conserva hasta la muerte la memoria del roce.

XIV

Allá, en la esquina húmeda,
las hojas misteriosas de los crotos
dicen una verdad, contra los muros:
crece la vida en el silencio
de las manos que hablan con las plantas,

crece el dolor humano
en el agua que corre entre las hojas.

XV

No, no hay baranda,
para que un soplo finísimo
circule entre las ramas y los rostros.

XVI

«Gravita el sol, aún, sobre mi cuerpo
tendido en el asfalto. Ven, recógeme
y llévame a la sombra.

¿Recuerdas una hoguera,

ascuas nocturnas,

ceniza,

los rostros reunidos en un ramo de fuego?

Todo ardía, como ahora

arde mi cuerpo muerto entre tus brazos,

en el centro de la vida.»

XVII

Y ahora la ceniza

se agita en la ceguera de las manos,

corona los espacios,

reposa como un ave sobre losas desnudas.

Ceniza

para el advenimiento de otra hoguera.

Ceniza suspendida, como un círculo

de palabras en torno de un misterio.

Ceniza, blanco
sobre el oscuro blanco de la luz.

XVIII

Cuelga la ropa de cuerdas
invisibles, cruza la sombra
del joven muerto que aún busca por el aire
a las aves perdidas,
se borra un rostro
sobre sábanas húmedas al sol,
sobre las páginas de un libro
tan sólo para reencontrarse,
transfigurado, en otro rostro.

TROPELIÁS
XIX

Rostro vulnerado, adónde,
qué luz más pura dice tu verdad,
mejillas, sienes, frente
tras la espera en lo oscuro,
cabello, cejas, boca
un nuevo despertar, herido,
en la blancura.

XX

Abren las manos,
silenciosas,
la memoria del aire hasta la muerte.

[Nota: La azotea-Réquiem, con ocho dibujos de Vicente Rojo, fue publicado originalmente en la colección Libros de La Sabina, del Ateneo de La Laguna, en febrero de 2001. La edición, al cuidado de Ernesto Suárez y Stephany Hess, constó de 500 ejemplares numerados.]

TROPELÍAS